

# Frida Kahlo

(una historia posible)

María Baranda



ANAYA



1.ª edición: octubre 2010

© Del texto: María Baranda, 2010  
© De la ilustración: Gabriel Pacheco, 2010  
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2010  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-9310-0  
Depósito legal: M-39235-2010  
Impreso en GRÁFICAS MURIEL, S. A.  
C/ Investigación, 9  
Pol. Industrial Los Olivos  
28906 Getafe (Madrid)  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son  
las establecidas por la Real Academia Española en su  
última edición de la *Ortografía*, del año 1999.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

# Frida Kahlo

(una historia posible)

María Baranda

*Ilustración:*  
Gabriel Pacheco

ANAYA



# 1

—¡Tápate los ojos, tápatelos!

La niña lo hace para demostrarle a su padre que obedece. Después dice con voz pausada:

—Yo no le tengo miedo al miedo.

El padre se detiene. Se gira para ver a su hija de apenas ocho años que ya se ha destapado los ojos. Se agacha, la mira de frente y le dice:

—El que no le tiene miedo al miedo se muere pronto —se limpia la frente despacio con su pañuelo blanco, blanco como los pensamientos que ahora tiene.

Hay un silencio largo entre los dos, entre padre e hija. Van caminando rumbo a la calzada, junto al río. La niña toma la mano de su padre y le pregunta:

—Si muero pronto, ¿tú me acompañarás?

El padre no dice nada. Camina rápido por la vereda de tierra.

La niña tiene ganas de llorar. Insiste:

—¿Me acompañarás?

—Sí —dice él con una voz apenas perceptible, como si fuera un suave murmullo del agua. Caminan en silencio tomados de la mano mientras fuera de su propio

mundo, muy cerca de ellos, pasan caballos corriendo apresurados y la luna se pone alta en el cielo.

—¡Mira! —dice el padre agachándose a recoger algo del suelo—, ¡es un pedazo de vidrio! y... ¡aquí hay dos piedras blancas y una roja!

Después, coge una vara gruesa no muy larga. Traza unos signos en la tierra y junto a ellos coloca, muy lentamente y en hilera, los nuevos tesoros: el vidrio y las tres piedras.

—¡Yo también quiero hacerlo! —pide la niña.

El padre le pasa la vara a su hija.

—Mira despacio, en línea recta, siempre en línea recta.

La niña, entonces, imagina un camino de nubes blanco. Ambos pasan el resto de la tarde dibujando el mundo en el camino de tierra. Colores fragmentados. Colores fragmentados de un nuevo mundo, el suyo, el que nadie más posee, el que nunca jamás conocerá alguien que no sean ellos dos: hija y padre.

—Es lo más hermoso que he visto.

—Sí, lo es.

Y quizá este sea apenas el comienzo, el principio de toda una vida enfocada a ver: a descubrir con los ojos las cosas pequeñas, las que pasan inadvertidas, a las que nadie les pone atención. Nadie excepto ellos: padre e hija que intentan nombrar todo como si fuera la primera vez:

—Tierra, carbón, piedra, cielo, agua, pájaro, pájaro, pájaro.



Tal vez así haya sido el principio del mundo, el momento en que Dios, un dios, cualquier dios, decide decir la palabra exacta, la que acompañará siempre lo que nombra:

—Pájaro, nube, aire, dedos, uñas, pies, pies, pies.

No están lejos de casa, de su casa. Es el camino de regreso, pero no hay nadie más ahí, o no lo perciben. Pasan una, dos, cuatro horas, y ya es tiempo de volver, de que la hija se dé un baño. Y así, comienzan la vuelta lentísima a casa tratando de salir del vidrio, de las piedras, de la tierra, de la vara, del ojo, del mundo. Todo lo que han visto ahí los dos será un día parte de los demás, de los otros, de aquellos que quisieran mirar como ellos, pero nunca lo logran o no lo consiguen, o simplemente no lo saben. La hija toma una vara y traza en el camino de tierra una cama, una cama grande, voladora, encima de unas nubes.

—Con cuidado —dice el padre—, todo lo que dibujes hazlo con cuidado.

Y luego le habla de la imagen. De un punto, de un extremo que existe fuera de ellos, un tanto incomprendible, pero que se puede apresar en un instante. Le explica que es una manera de romper la realidad, lo que creemos que es, pero que a la vez no está. Le dice que sabe que ella todavía no entiende, pero que algún día lo hará. Lo hará para él, para ella, para el mundo.

Y sí, la niña sabe lo que el padre dice. Con cuidado. Con cuidado. Con cuidado. Y algún día ella pintará, no

con una vara, con un pincel: montes, casas, prados, frutas, niñas, señoras, soles, monos, heridas, muchas heridas. Heridas abiertas que escurren sangre. Heridas, simplemente heridas.

—Ven —el padre la toma de la mano y le señala un punto—, tendrás que imaginártelo. Es el mundo. ¿Lo ves? Primero parece verde, pero si te acercas es de color naranja.

La hija, entonces, cierra los ojos y mira. Mira hacia dentro. Como si el vidrio y las piedras se las hubieran puesto ahí, en el interior de su cuerpo, donde todo es de color rojo. Rojo como las nubes y los árboles y las sábanas y sus vestidos y el tiempo por venir. Todo rojo.

Su padre le tira suavemente de un brazo y le dice que ya es hora.

Sí, ya es hora.

Y los días serán rojos. Y las noches.



## 2

—¿Cuándo te vas?

—Mañana.

Lo que más le gusta a Wilhem, además de estar con Matilde y de sentir sus manos, es pensar en un punto. Un punto fijo como una idea que se queda prendida en el espacio. Entonces, dibuja una mariposa en el aire. Le pone un alfiler en el centro.

—Sí —repite—, mañana me voy.

Matilde sabe que se irá durante varios días, que pasarán semanas antes de que vuelva. Amarlo para ella no es un punto fijo, tampoco una idea. Ella es más práctica. Amarlo es simplemente ser feliz, reír juntos, soñar que tienen una casa grande, grandísima, de color azul, con muchos hijos.

—Varones —dice Matilde—, quiero cuatro varones.

Y después hunde su cara en el pecho de él, como si ese fuera su lugar de refugio, su sitio único en el mundo.

Wilhem es vendedor de joyas, pero en esta historia será vendedor de perfumes. No le interesa nada su profesión. Lo hace porque necesita dinero para poder

casarse con ella, su Matilde. Nadie sabe adónde va, a quién visita, adónde llega. Pero siempre, siempre regresa. Y cuando lo hace le habla del color dorado. ¿Dorado? Sí, como los amaneceres que él, jura, conoce cada vez que viaja.

Matilde tiene las manos más hermosas del planeta. Son grandes, fuertes y morenas, como si hubieran amasado pan durante siglos. Y es que su madre, y la madre de ella, o sea, su abuela, y la abuela de la abuela, o sea, su tatarabuela, habían hundido sus manos en las más suaves harinas que nadie pudiera imaginar. Eran una leyenda, una hermosa leyenda dulce como el trigo. *Parecían traídas del Paraíso*, era la frase en boca de todos. Y esas manos, esas magníficas manos de Matilde eran lo que hacía que Wilhem quisiera regresar cada vez más pronto, cada vez más rápido, aun sin haber terminado de vender los frascos de perfume.

Hubo una vez, una sola vez, en que Wilhem volvió sin un solo frasco y sin dinero. Cuando todos le preguntaron qué había pasado, él dijo que había encontrado a una manada de leones bajo la lluvia, que un enorme rinoceronte había devorado su caja, que un carruaje lleno de bandidos le había robado todo, que una vieja gitana lo había engatusado para quitarle uno a uno sus frascos. Lo cierto es que esa única vez no pudo mirar a Matilde a los ojos. Entonces ella supo. No dijo nada, pero lo supo. Esto hizo que ella, literalmente, escondiera sus enormes y hermosas manos debajo del mandil y

bajara los ojos. Wilhem trató de acercarse a ella, de murmurar algo casi imperceptible a su oído. Pero Matilde giró su cara hacia la ventana. Y miró fuera. Y no vio ni leones, ni rinocerontes, ni bandidos, ni gitanas. Y lloró, lentamente lloró.

—Escúchame... querida... yo no quería... no quería...

—No necesito saber.

Pero supo. Matilde supo que Wilhem había estado con una mujer bellísima, ¿bellísima?, por quince días y quince noches. Y también, que pronto tendría dolorosas noticias.

Aun años después de su muerte nunca se supo cómo Matilde había sabido todo. Alguna vez le comentó a una amiga suya que de pronto, si miras con detenimiento, descubres las cosas cuando ya es demasiado tarde. Y fue después de esa noche, que decidió ayudar a Wilhem a conseguir lo suyo. Lo verdaderamente suyo: la cámara.

*Era una mujer resuelta con la mirada siempre perdida, diría la gente cercana al matrimonio. Ella no lo amaba, diría la hija muchos, muchísimos años después. Fuera lo que hubiera sido, lo cierto es que Matilde ayudó a Wilhem a encontrar otra profesión. Lejos de leones y tormentas, de rinocerontes y carruajes y de viejas gitanas roba perfumes. Wilhem cambió su nombre para siempre y se volvió Guillermo. Guillermo de día y de noche. Guillermo en casa y en la calle, donde encontraría,*



poco tiempo más tarde, el oficio que haría de él una referencia obligada en la historia de su recién adquirido país. Guillermo, silenciosamente, pero con el corazón acelerado, se convirtió en el ojo que tenía que ser, principio y fin, de un mundo iluminado. Y, para contarlo rápidamente, se abrazó a Matilde con toda su fuerza, nombrando en su interior su nuevo universo:

—Fotógrafo.